

**BOLETIN INFORMATICO N° 322**  
**del COLEGIO DE ABOGADOS DEL**  
**DEPTO JUDICIAL DOLORES.-**

**REF: “ MERCOSUR – Conferencia que dio el**  
**Dr. Raúl Alfonsín en la Plata, en el marco de la invitación que le**  
**formulara el Colegio de Abogados de la Provincia de Buenos Aires, A**  
**VEINTE AÑOS DEL ACTA DE IGUAZÚ ”.-**  
**A VEINTE AÑOS DEL ACTA DE IGUAZÚ**

Se cumplen veinte años de la firma del Acta de Iguazú, cuando se gestó el embrión de la integración que hoy denominamos Mercosur y que por cierto implicó una aproximación, una amistad, una colaboración que no se redujo a la relación bilateral y que abarcó los problemas y las responsabilidades que planteaba la región, que me parece bueno y útil recordarlas y tenerlas presente en momentos en que aparecen circunstancias negativas que pueden desilusionar a algunos y tal vez hasta hacer pensar a los más jóvenes que la construcción de una integración democrática es una inalcanzable utopía. Fueron muchos y más graves los obstáculos que hemos superado.

Quiero subrayar enfáticamente lo que a primera vista parece una paradoja, una más de las ironías de la historia: la democracia y la integración crecieron y se fortalecieron en la misma época precisamente en la década económicamente más tremenda, y afrontando las más duras dificultades, la crisis de la deuda externa, el conflicto bipolar y la amenaza del incendio bélico en Centroamérica, con su entonces ineludibles consecuencias en nuestras propias sociedades y en el proceso de reconstrucción democrática.

El nacimiento de la integración fue en medio de la “*década perdida*”, el brutal endeudamiento externo, la prioritaria necesidad de restablecer los derechos humanos y las condiciones de la convivencia civilizada desterrando la impunidad, e inmersos tanto en una América Latina nuevamente amenazada por la guerra como en una región jaqueada por la subsistencia de autoritarismos militares sólidos.

En ese marco se definió a la integración como un proceso de naturaleza política, que debía conducir a la creación de un espacio común, regional, imprescindible en el mundo de la revolución científica y tecnológica, para unir y fortalecer las capacidades productivas y culturales. Esto es, para acceder a una economía legitimada por la aptitud de crear riqueza y trabajo.

En ese tiempo nos encontramos en Lima, cuando asumía el presidente García, y allí coincidimos en los peligros para la región que significaba la crisis centroamericana que afectaban nuestro propio interés nacional y de tal modo, en otro paso inédito, Brasil, Uruguay, Perú y Argentina constituimos el Grupo de Apoyo a los países nucleados en Contadora, es decir México, Venezuela, Colombia y Panamá. Uniendo nuestras fuerzas, probablemente débiles, entre todos evitamos la guerra y logramos la paz enfrentando enemigos poderosos.

Así también fuimos construyendo una relación de confianza sólida y creativa que permitió ir más allá del objetivo inicial y constituir el Grupo de Río o Grupo de los Ocho que organizó en Acapulco la primera reunión autoconvocada de presidentes latinoamericanos. Esa primera vez ocurrió en 1987, tan tarde como en 1987, lo cual constituye un testimonio y un símbolo de todo lo que hemos avanzado desde entonces y también de una historia latinoamericana que había privilegiado en nuestros países la vinculación radial con los centros del poder mundial dando la espalda a los vecinos y a la región.

Este nuevo siglo debe ser el de la consolidación de los grandes espacios regionales, que nosotros debemos entender como el marco necesario y apto para que nuestros pueblos organicen de un modo creador su trabajo, la producción de riqueza y su desarrollo cultural. Si el siglo XIX fue el de las naciones, en cuanto era precisamente la Nación-Estado la que posibilitaba un salto cuantitativo y cualitativo en el proceso sin fin de construcción de la aventura humana, hoy ya está claro que es la Región la que constituye la respuesta a las exigencias de la revolución que convulsiona la ciencia y la tecnología, las comunicaciones y la información, como así también a los desafíos y peligros de la globalización.

Pero la Región, o si se quiere el Estado regional, o el mundo que como ocurrió en el siglo XIX con la conformación de las naciones, no es una realidad mecánica, ajena a objetivos y valores, ni tampoco positiva de por sí. Por el contrario, de la forma como se la configure concretamente, puede afianzar o puede destruir o al menos debilitar lo que nuestros pueblos han avanzado en la construcción de su identidad cultural, de su personalidad política y en el dominio de la naturaleza sobre la que se asienta su convivencia.

Es precisamente por todo eso que para nosotros la integración regional es un nuevo y esencial capítulo, una etapa fundamental, en el desafío de la conformación de nuestros pueblos como naciones, esto es, en otros términos, como sociedades responsables y orgullosas de su autonomía en el mundo de la interdependencia, libres, prósperas, justas, asentadas en el desarrollo sostenido y en la pacífica convivencia con sus vecinos.

Si no lo logramos, el proceso de globalización insolidario conducido hegemonícamente por el gobierno republicano de Estados Unidos hará que en algunos años tanto la Argentina como Brasil y junto con ellos el resto de los países latinoamericanos pierdan su soberanía efectiva para convertirse en simples provincias del imperio. Lo expresa bien Helio Yagüaribe: “se mantendrán los aspectos “formales” de su soberanía: el himno, la bandera, los ejércitos ... y hasta las ‘elecciones libres’, [pero] las decisiones relevantes serán tomadas fuera de sus fronteras, en función de los intereses del mercado financiero internacional y de Washington.”

Además, en lo interno, seremos controlados por las grandes empresas multinacionales. “El imperio americano, ... es un ‘campo magnético’, dicho esto en un sentido análogo al que empleamos cuando hablamos, en física, de un ‘campo gravitacional’. El ‘campo’ imperial americano se caracteriza por el empleo de “constreñimientos decisivos” en lo financiero, en lo económico-tecnológico, en lo cultural, en lo político y, cuando es necesario, en lo militar.”

Lo más grave de esta situación es que la dirigencia de nuestros países, incluso la política, se verá compelida a seguir los dictados del imperio.

Deseo volcar mi propia experiencia en la ineludible tarea por la conquista de estos dos objetivos que hoy se encuentran tan íntimamente entrelazados: la democracia y la integración. Y ello es así porque esa experiencia es la que me anima y explica las causas que determinan mi perseverancia pues estoy convencido de que no existen hoy escollos que sean insalvables para profundizar la integración, como que en las peores circunstancias pudimos poner la piedra fundacional, fijar el rumbo y avanzar echando los cimientos.

El éxito de la integración fue sumando adeptos. Ciertos críticos se convirtieron en celosos ortodoxos y así se reemplazó la estrategia inicial de prudencia, gradualismo, convergencia política, y administración tras el objetivo de la integración

productiva, por una a mi juicio oportunista reducción del plazo original de diez años a la mitad, el olvido de las asimetrías de la economía real y la reducción del proceso a la esfera comercial.

Como que la integración es una construcción de naturaleza política, desde el lado argentino se sumó un escollo esencial, que fue una política exterior incompatible con una real integración, que definió la vinculación con los Estados Unidos como "relaciones carnales".

Pese a todo ello, el MERCOSUR avanzó. Pero cuesta superar sus limitaciones. Mi amigo el presidente Sarney en el año 2001 resumió con envidiable precisión la crítica a ese proceso: "Integración pasa a ser sinónimo de rivalidad comercial y deja de ser percibida por el sentido más amplio político y estratégico que la inspiró: un proyecto de asociación entre segmentos productivos y de unión entre pueblos. Un proyecto que agrega valor a los socios, habilitándose a enfrentar conjuntamente los retos de la economía mundial."

Durante la crisis del MERCOSUR de 1999 sostuvimos que un MERCOSUR sólido es incompatible con la pretensión de entonces de hacer de la Argentina una factoría a la deriva en la globalización financiera. En el mundo de la globalización no hay lugar para países aislados, ni para proyectos autárquicos. Por eso más MERCOSUR es la única solución nacional. Y más MERCOSUR significa recuperar el rumbo inicial: crecer juntos. Producir juntos. Encarar juntos a la globalización. Responder juntos a los desafíos científico-tecnológicos. Buscar juntos la mayor eficiencia y el incremento de la competitividad. Poner juntos los necesarios y racionales límites a la intromisión de los capitales golondrinas, al narcotráfico, al lavado del dinero, a la dictadura de los oligopolios. Enfrentar juntos la distorsión de los mercados, los subsidios a la agricultura, la desnaturalización de la OMC y el peligro que supone el ALCA. Construir juntos un espacio propio en el mundo de los grandes espacios regionales.

Un espacio de estas características no será ni puede ser el fruto del mercado. Surge de la decisión política, con objetivos políticos y se lo construirá desde la política.

No debemos olvidar que si en el plano económico la vulnerabilidad externa es muy grande, no lo es menos nuestra debilidad en materia cultural respecto de la creciente globalización, que nos inunda con productos ideológicos que frecuentemente influyen negativamente en nuestra propia formación como naciones.

Por ese camino hemos recibido y seguimos recibiendo mensajes que a muchos hacen claudicar, que pretenden que se ha producido el fin de la historia, que el dominio y la supeditación a la potencia hegemónica son ineludibles, que la globalización ha destruido las fronteras, el Capital y el Estado están desaparecidos y que sólo queda por delante la ley del mercado dominado por las grandes empresas transnacionales amparadas en el poderío militar de la potencia hegemónica.

Todo eso sólo podrá evitarse con la profundización del MERCOSUR, pero no debemos caer en un infantil economicismo que espere de los resultados económicos la recuperación de la autoestima nacional y de los valores que, entre marchas y contramarchas, nos han ido constituyendo como pueblo.

Por el contrario, es necesario un proyecto de integración cultural, educativo y científico ambicioso, concreto, de plazos precisos, de control público, estructurado y dirigido desde la política, con el objetivo claro y explícito de constituir el fundamento de los avances en la integración económica.

Los pueblos se debaten en este principio de siglo entre dos lógicas y fuerzas antagónicas y concurrentes; a la vez, centrífugas y centrípetas. Unas tienden al globalismo y barren con las diferenciaciones y autonomías. Otras tienden a la fragmentación y demuelen las relaciones, instituciones y tendencias cooperativas y de intercambio. Ambas fuerzas y lógicas se mueven dentro de una realidad de crecientes asimetrías generadoras de desigualdades y exclusiones.

Quienes entendemos las luchas más genuinas de nuestras sociedades identificadas con la búsqueda de la libertad asociada con la igualdad; de la república vinculada con la democracia; del desarrollo en relación con la equidad social y la solidaridad, habremos de concebir también a los procesos de integración y cooperación entre naciones y economías no como una forma de potenciar el enfrentamiento entre esas dos lógicas sino, precisamente, como modo de colocarlas en una misma dirección de progreso social.

Entre el globalismo arrasador y el tribalismo disgregador, el Mercosur emerge como una de las más notables experiencias de integración. Debe verse como el resultado de una convergencia de procesos políticos, económicos y, casi diría, "epocales".

Pero existen evidencias, al mismo tiempo, de que el desarrollo del proceso de integración no satisface las expectativas iniciales y sigue dependiendo, esencialmente, de las fluctuaciones y desequilibrios de las respectivas economías motoras de dicho proceso y del modo en que responde el contexto regional y subcontinental, a los impactos de orden global.

Más aún: la complementación se ha planteado de tal forma que el efecto expansivo de las debilidades, restricciones o decisiones gubernamentales sobre la economía nacional pueden ser mucho más fuertes que la capacidad de una u otra economía de amortiguar o revertir sus impactos negativos o problemáticos a escala regional.

La falta de adecuados mecanismos re-equilibradores es uno de los principales puntos débiles que estamos enfrentando, y ello debe hacernos recordar que un proceso de integración regional entre economías nacionales tiene siempre dos facetas.

Por un lado, aquella que lo entiende y explica por sus resultados inmediatamente benéficos en términos de ventajas comparativas, crecimiento en el intercambio comercial, incremento de las exportaciones y expansión de los mercados de inversión y consumo. Por el otro lado, aquella que concibe al proceso integrador como un medio eficaz para hacer menos traumáticos los ciclos negativos o las coyunturas de crisis económica externa o doméstica y reducir, de este modo, la vulnerabilidad externa.

En sus primeros años de funcionamiento como Unión Aduanera flexible, el Mercosur pudo atravesar con apreciables resultados el primero de dichos aspectos. Existieron condiciones internacionales favorables y alternativamente la Argentina y Brasil aprovecharon la apreciación y estabilización de sus monedas para incrementar sus exportaciones e inversiones de capital. Aún así, las asimetrías y trabas arancelarias en ciertos rubros se mantuvieron y, principalmente, algunas ramas del sector industrial resultaron perjudicadas, sin perspectivas claras de reconversión, por los divergentes modos de encarar la liberalización.

Más recientemente, ha quedado en evidencia que nos aguarda un arduo trabajo por delante para fortalecer el proceso de integración económica, en su capacidad para enfrentar perspectivas más restrictivas y complejas.

El regionalismo es una de las formas de enfrentar los retos de la globalización. Marchar a paso firme por ese camino generando capacidades para el desarrollo recíproco en el Cono Sur latinoamericano, es el gran desafío compartido de la agenda que nos ocupará ya ingresados de lleno al tercer milenio.

En definitiva, cada vez es más necesario unirnos en un reclamo común, mirar hacia adelante, terminar con las hipocresías que transforman los objetivos en retórica vacía de contenido, y dar una batalla permanente por la libertad y la igualdad.

Puede sonar excesivamente pesimista, pero debo ser sincero en esto: no nos esperan tiempos alentadores para la paz en el mundo. Cada vez se nota con más virulencia que la fuerza de las políticas no depende exclusivamente de la voluntad de los ciudadanos sino de fuerzas que van más allá de la voluntad popular. Se advierte cada día con mayor profundidad la disociación que existe entre las decisiones adoptadas por los gobiernos y los deseos de los gobernados.

Una gran mayoría de países observa con impotencia como se imponen nuevas formas de dependencia, que generan indefectiblemente un nuevo orden desde el que no se avizoran sino nuevas y cada vez más insoportables exigencias para los miembros más débiles del sistema internacional: la virtualidad de la independencia política de los menos poderosos, un orden económico cada vez más insolidario, y una irresistible homogeneización del mundo que torna estéril al ser nacional.

El inequitativo reparto de la riqueza, la violación de las soberanías nacionales a través de intervenciones externas directas o veladas, el terrorismo y los medios clandestinos de acción internacional, forman parte de esta lógica del mundo actual y del que deberemos vivir en los próximos años, cuya justificación pareciera ser la intención de mantenerse al margen de los efectos provocados por los hechos que esa misma lógica de insensatez genera.

Sin embargo, las señales dramáticas de la pobreza extrema se convierten en alarmas que suenan con diferentes formas en el corazón de los países desarrollados. Surge así la paradoja de que quienes pregonan a los cuatro vientos la globalización de las relaciones económicas, jurídicas, políticas y culturales, pretendan marginarse de sus “daños colaterales”.

La inercia de esta situación global nos sitúa en el papel de partícipes involuntarios de un juego cuyas reglas no nos toca definir: la tensión mundial se vuelve sobre los poderosos, agudizando los peligros para su paz interna y para su propia subsistencia. La ruptura de esta dinámica es pues una tarea de todos, que nos exige buscar los caminos que nos lleven de nuevo a una lógica de la sensatez.

Created by Unregistered Version

Dr. Alberto O. Belén.-  
Secretario General.-

Dr. Adrián Rubén Lamacchia.-  
Presidente.-

UNREGISTERED

Created by Unregistered Version

UNREGISTERED

Created by Unregistered Version